

## EUROPA, UNA DE LAS TRES PARTES EN QUE ACTUALMENTE ESTA DIVIDIDO EL MUNDO

Nunca, en tiempos de paz—casi podría decirse también que en tiempos de guerra—, había conocido la Humanidad unos días como los de estas últimas semanas de 1962. La tremenda agudización de las rivalidades entre lo que André Fontaine ha calificado como las dos «superimpotencias» del mundo, hizo que se llegase a pensar en un holocausto nuclear como algo inminente más bien que inevitable. Esto pudo haberse evitado, pero aun así la situación a que se ha llegado es susceptible de producir factores y generar influencias capaces de dejarse sentir de una manera decisiva en la marcha futura de los acontecimientos en cualquier parte y muy particularmente en la Europa occidental.

Es natural que sin esa tremenda rivalidad no sería necesaria la presencia permanente en Europa de las bases y los hombres encargados de su cuidado que convierten a nuestro mundo en un establecimiento militar de una potencia sin precedentes y que, además, se encuentra en estado de alerta permanente. Unos días antes nada más de la dramática agudización de la crisis cubana, que con toda seguridad anuncia el paso de una vertiente a otra en el mundo de la post-guerra, «funcionarios de la Administración (del Presidente Kennedy) decían que el Gobierno (de los Estados Unidos) estaba gastando vastas sumas de dinero para mejorar las precauciones existentes contra una guerra general accidental. Añadían que la Administración reconocía que una guerra así era siempre una posibilidad». Informaciones como ésta empezaban a encontrarse casi por todas partes.

Al menos por Europa, esa crisis cubana sirvió para dar la sensación de algo perfectamente posible a lo que hasta entonces apenas podía tener otra naturaleza que la puramente hipotética. Con razón o sin ella, se llegó a tener el convencimiento firme de que no el temor—¿pánico tal vez?—a las consecuencias de una hecatombe nuclear estableció de una manera

gráfica. a la vez que sobrecogedora, el comienzo real de una nueva era en el mundo de las relaciones humanas, la era del equilibrio del terror. Esto habría de influir necesariamente en la vida y actitud de pueblos y Gobiernos. No podría ser de otro modo, ni siquiera en el caso de no acabar de encontrarse relación directa alguna entre las cosas de Europa—de nuestra Europa, la parte occidental de un continente partido en mitades antagónicas—y las de esas potencias que más de una vez dejan la impresión de que se sienten demasiado débiles para acometer decisivamente la realización de sus tareas esenciales—la eliminación radical de serias amenazas—, a la vez que se muestran demasiado fuertes cuando se trata de ejercer sobre las demás unas presiones de las que apenas pueden salir otras consecuencias que las tremendamente incómodas.

Esto parece ser, a rasgos muy grandes, una de las características más acusadas—quizá sea ya permanente—de la vida europea.

Otra característica notable es la del cambio que se está produciendo por la acción de otras fuerzas e influencias. Es un cambio que da la impresión, de ganar impulso para seguir adelante, en un futuro inmediato por lo menos, a un ritmo crecientemente acelerado.

Todo está cambiando por la Europa occidental. Y cambiando de tal manera que produciría asombro en cualquier momento y circunstancia que no estuviese tan dominada, como ha venido sucediendo en esta parte final de 1962, por el convencimiento ya de que el hombre se encuentra cara a cara con un destino poco dispuesto a perdonarle la mucha osadía que le llevó a «separar lo que Dios había unido». Porque a no ser así, ¿qué se podría decir de cosas como los cambios que en Francia está produciendo la terminación de la guerra de Argelia, la sensacional aproximación germano-francesa, la «apertura a sinistral» en Italia, la tremenda competencia del petróleo soviético en algunos mercados europeos, la debilidad creciente del dólar, el desarrollo vigoroso del Mercado Común Europeo que ya hace algo más que soñar con la terminación del período de transición en 1967, tres años antes del plazo fijado por el Tratado de Roma, o, en fin, para acabar de alguna manera con una lista de grandes acontecimientos y tendencias, el asombroso empeño de la Gran Bretaña por acercarse a la Europa de los seis, al Mercado Común, aun cuando ello suponga—como tendrá fatalmente que suponer—el volver la espada a los miembros restantes de la *Commonwealth*?

\* \* \*

Si se pasasen por alto las actitudes y decisiones de tiempos de guerra se podría decir que por vez primera desde hace siglo y medio Inglaterra está mucho más interesada en Europa que en la Commonwealth o en los Estados Unidos. Ante lo que parece ser el empeño ciego en ingresar en el Mercado Común, las relaciones entre Inglaterra y algunos miembros de la Commonwealth por lo menos empiezan a ser delicadas, podrían ser pronto difíciles y acaso llegasen en pocos años a ser muy tirantes.

Y en cuanto a las relaciones con los Estados Unidos, ¿es pura casualidad el hecho de que ni el primer ministro, Harold Macmillan, ni su ministro de Asuntos Exteriores, lord Home, rindiesen tributo este año, como era una costumbre que tenía el peso de la ley, en la conferencia del Partido Conservador, a la gran importancia que tenían las cálidas relaciones entre Inglaterra y los Estados Unidos?

Cambios como los que se están produciendo en Europa no son cosa de un momento. Pero es casi siempre en un momento en el que se llega a tener la sensación de que se producen o se han producido. Y para muchas cosas este momento se ha dado en 1962.

En 1962 se dió cuenta mucha gente de que Inglaterra mira hacia Europa con interés, con impaciencia, quizá con ansiedad; de que Alemania mira al exterior, en busca de mercados, aunque sea por el Este; de que Italia mira a la izquierda y de que Francia se ha puesto a mirar hacia sí misma, hacia lo que tiene de fronteras adentro, con tanto empeño que apenas le queda tiempo para nada más. En 1962 se ha dado cuenta mucha gente de la existencia del Mercado Común, que en las últimas semanas de este año ha sometido a la consideración de su Consejo de Ministros un proyecto completo y minucioso, ya aprobado por su Comisión Ejecutiva, para dejar terminada la integración económica en 1967 y haber puesto también decididamente en marcha el proyecto de unión política.

En 1962 ha decidido Francia, por fin, incorporar a su gran compañía de aviación, «Air France», a la proyectada «Air Union», con la «Lufthansa» alemana, «Alitalia» italiana y «Sabena» belga, de lo cual está saliendo la mayor empresa de aviación del mundo, con un total de 322 aviones y rutas con más de 550 millones de kilómetros, que podrían aumentar considerablemente en el caso de que también ingresase la «KLM» holandesa, que primero se retiró, descontenta con las condiciones de asociación y ahora solicita de nuevo el ingreso. Frente a esta fantástica empresa aérea internacional lo más importante que queda por el mundo occidental son dos grandes

compañías norteamericanas: la «Pam Am» (Pan American) y la «TWA» o «Trans World Airlines», con 123 y 160 aviones, respectivamente, y un total conjunto de líneas que no llegan a los 150.000 kilómetros. (Además, es decir, de la BOAC inglesa y otras compañías menores, como la citada KLM o la S. A. S. escandinava.)

Se ha llegado ya a una situación de peligro para la supremacía de los Estados Unidos en el mundo de las comunicaciones aéreas. La creación de la «Air Union» viene a producirse en momentos altamente significativos, por las dificultades a que han de hacer frente algunas compañías, incluso algunas que figuran entre las mayores del mundo, en vista de la mucha competencia internacional y del costo enorme que supone el paso de los aviones de hélice o los de reacción y, más todavía, el paso, que está a punto de empezar ya, de los aviones de reacción subsónica a los de reacción supersónica. Con enormes cargas financieras encima, que a menudo se traducen en los estados de cuentas con cifras en rojo que suben a muchos millones de dólares, como está sucediendo con la «BOAC» británica, cuyos aviones se encuentran por casi todos los aeropuertos comerciales del mundo, está en marcha un movimiento de tan aguda competencia, desde hace algún tiempo, que hace que los déficits suban con rapidez. Y que habrán de acentuarse mucho, es de suponer, con la formación de la «Air Union», con la fusión de sus finanzas, la combinación de sus organizaciones de venta, la creación de una comisión ejecutiva para la coordinación de rutas y horarios y la eliminación de costosos servicios duplicados y la distribución de las ganancias de acuerdo con una fórmula que tiene en cuenta no sólo el volumen del tráfico actual de cada uno de los miembros, sino el estado en que se cree que habrá de encontrarse en 1970—cuando ya el Mercado Común, o Comunidad Económica Europea, C. E. E., su nombre oficial, ha de estar constituido, según lo dispuesto en el Tratado de Roma—, por lo que a «Air France» corresponderá el 34 por 100; a la «Lufthansa» el 30 por 100; a «Alitalia» el 26 por 100; y a «Sabena» el 10 por 100.

Hay alarma ya en los Estados Unidos, sin cuya insistencia, persistencia y en ocasiones tremenda presión, a duras penas hubiese sido posible el Mercado Común, que ha hecho inevitables cosas como esta «Air Union» y el desarrollo de un vasto sistema de relaciones y fusiones de grandes grupos industriales y financieros que han acabado por dar las características de lo irresistible a un movimiento de integración que apenas puede tener bastante con lo puramente económico. Sólo de la Unión de la Europa Occidental, destrozada por

la guerra, podían salir unas condiciones favorables al desarrollo de las resistencias contra el peligro que presionaba ya por el Este. En eso pensaban y por eso se preocupaban tanto los Estados Unidos.

Por eso fué tan constante y tan fuerte la presión en favor de la integración económica y la aproximación política, por lo menos, hasta convertirse tal vez en el factor decisivo que llevó al fracaso los tremendos, denonados esfuerzos de Inglaterra, primero por dar una orientación distinta a las negociaciones que culminaron en la firma del Tratado de Roma; después con las gestiones, durante un año, por encontrar una fórmula de compromiso entre una hipotética zona de libre comercio y la C.E.E. en preparación; más tarde en la creación de la E.F.T.A., o Asociación Europea de Libre Comercio, sin otra finalidad aparente que el ejercer en el momento oportuno enorme presión sobre la C.E.E. para dar realidad práctica algún día a la amenaza hecha a fines de 1958 de ir incluso, caso de no quedar otra salida, a la guerra económica entre Inglaterra y el Mercado Común. En todos los casos y circunstancias, de una manera abierta y franca con frecuencia, los Estados Unidos se encontraron al lado de la integración europea y en contra de su amiga Inglaterra, con Truman o con Eisenhower, con Acheson o con Dulles; sistemáticamente, los Estados Unidos han estado, desde los días iniciales del Plan Marshall, al lado de los «europeístas» del Mercado Común, de Monet y de Schumann, de Bidault, Adenauer, De Gasperi y todos los que, en fin, han puesto esfuerzo y empeño en la creación de algo completamente nuevo, en la práctica cuando no en la concepción de lo que ha sido una aspiración de muchos europeos, desde los días de la Roma imperial hasta los del Sacro Imperio Romano de Carlomagno, desde los días de Napoleón hasta los de Briand, Herriot o el conde Coudenhove-Kalergy. Para acabar en una situación como ésta, en la que el Mercado Común ha sido la razón fundamental del cambio extraordinario producido en los Estados Unidos en cuestiones aduaneras, hasta el punto de haberse aprobado una ley que autoriza al Presidente a negociar reducciones en los derechos arancelarios de hasta un 50 por 100 y en algunos casos hasta su total eliminación, y todo para encontrarse en condiciones de negociar con el Mercado Común y, en caso necesario, de competir con él.

Por causa del Mercado Común y de cosas como la formación de esa «Air Union», en los Estados Unidos aumentan las presiones en busca de cambios y condiciones favorables para hacer frente a una situación nueva. Las dos mayores empresas de aviación del país, la «Pam Am» y la «TWA»,

han solicitado autorización para fusionarse, a pesar de que esto va francamente contra la legislación antimonopolios del país; pero, se advierte, no queda otra manera de hacer frente a lo que se les viene encima.

Hasta ahora, una de las razones fundamentales de apoyo al Mercado Común era para los Estados Unidos el tremendo, enconado empeño con que la Unión Soviética y el comunismo en general trataban de evitar que se llegase a su formación. Hubo momentos en que parecía que lo conseguirían.

\* \* \*

De no haber sido tanta y tan decisiva la influencia de los Estados Unidos sobre el Dr. Konrad Adenauer y la República Federal Alemana, la oposición de la Unión Soviética al Mercado Común hubiera sido prácticamente irresistible. Contaba en su apoyo con factores tan fuertes como la alianza franco-soviética, algo que parecía tener las características de una constante histórica y que renovó la Francia del general De Gaulle a la terminación de la segunda guerra mundial y con cartas de tanto peso como la posible reunificación de Alemania.

La posibilidad de una Alemania reunificada persistió, es más, hasta el momento en que la Unión Soviética se dió cuenta de que los Estados Unidos jamás aceptarían una Alemania que fuese, además de reunificada, neutral y que pudiese volver la atención, en actitud amistosa, no de recelo, hacia el Oriente. La resistencia a ultranza a proyectos como el de Adam Rapacki, ministro de Asuntos Exteriores polaco, para la neutralización y desnuclearización de una amplia región de la Europa central fué un factor decisivo, sin duda, en el cambio que se operó en la Unión Soviética, hasta entonces más interesada en dejar a la porción oriental de Alemania económicamente debilitada que en consolidar en ella posiciones que en cierto modo significarían la renuncia a continuar avanzando, algún día, hacia el Occidente.

Parecía lógico pensar que, en definitiva, para la Alemania occidental sería mucho más atractiva la idea de una reunificación que la formación del Mercado Común en condiciones que harían práctica, total y definitiva la partición, con una parte del país mirando hacia el Occidente y la otra obligada a mirar siempre hacia el Oriente. Pero el juego del poder, ya en todo desarrollo, entre las dos mayores potencias que el mundo ha conocido hizo necesaria esta división y, en definitiva, el fenómeno extraordinario que significa no ya el Mercado Común, sino esa aproximación francogerma-

na que tuvo como acontecimiento espectacular la visita oficial del presidente de Francia a la República Federal alemana, que se ha llegado a considerar no sólo como un hecho histórico de extraordinaria significación, sino como uno de los grandes triunfos en la carrera política del general De Gaulle y como algo tan llamativo, por lo menos—y quizá más significativo todavía—que el espectáculo sorprendente que ofrece la Gran Bretaña, que por tener ya tan fija la mirada en eso que antes solía llamarse, con cierto deje peyorativo, «el Continente», apenas le queda tiempo para fijarse bien en lo que sucede por otras partes del mundo, especialmente por aquellas donde se encuentran otros miembros de la Commonwealth.

Inglaterra quiere ser, con Francia, con la República Federal alemana, con Italia, con otros países que o son ya miembros del Mercado Común o aspiran a serlo, parte íntima de una Europa que renace vigorosa y que en este año de 1962 ha alcanzado un grado de desarrollo—y de poder e influencia también—que va camino de dejarlo todo atrás o a un lado, quizá por estar tan sumamente interesada en forjar su propio destino que lo demás parece importarle poco o nada. Pero no tiene bastante con quererlo, con demostrar que si todavía tiene interés por las cosas de la Commonwealth, baja de manera muy sensible el interés, hasta ahora tan especial, por las cosas de los Estados Unidos. Inglaterra se ha negado a comprender la posición de los Estados Unidos en relación con la llamada crisis cubana, en la que han chocado los intereses de los Estados Unidos y de la Unión Soviética con tanta violencia que han ocasionado grave quebranto para los intereses de otros países, como es el caso de los intereses marítimos de Inglaterra. La resuelta negativa de Inglaterra a colaborar con los Estados Unidos para la imposición de una especie de bloqueo marítimo voluntario fué, sin duda, una de las razones que llevaron al Gobierno norteamericano a la adopción de medidas tan radicales como ese bloqueo parcial impuesto sin el antecedente lógico de una declaración de guerra.

Inglaterra se sintió tan afectada que sólo circunstancias tan especiales como las que hicieron pensar en la posibilidad de un conflicto nuclear pudieron decidirla, al igual que a otros muchos países, a la adopción de una actitud que creó por todas partes la sensación de un mundo occidental unido. Pero cualquiera que fuese la posición del Gobierno, era evidente que había un estado de general incomodidad. No se necesitaba más que ver el mal humor que ponían de manifiesto las páginas editoriales de los principales diarios británicos, la forma en que se hablaba, como hacía *The Observer*,

uno de los más antiguos y más ponderados entre los órganos de opinión de Inglaterra, de la situación a que se estaba llegando por causa de la rivalidad entre los Estados Unidos y la Unión Soviética sobre Cuba. «La coexistencia con una Cuba pro comunista—llegó a proclamar *The Observer*—no es inmoral, sino una señal de cordura.»

Pero no por eso iba a ser más fácil para Inglaterra el acercamiento a los Seis, a los países—Francia, la Alemania occidental, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo—que forman el Mercado Común, porque ¿cómo Inglaterra podía ignorar de pronto las razones que le habían impedido ser uno de los miembros originales de esta comunidad? Inglaterra trataba—y trata—de obtener concesiones, sobre todo en materia de agricultura, que el Mercado Común en su conjunto no parece dispuesto a concederle. En el fondo se trata de dos cosas: de conseguir alguna medida de compensación, con carácter provisional, para los países con grandes exportaciones de productos agrícolas a Inglaterra, como es el caso de Nueva Zelanda, Australia y el Canadá (los miembros blancos de la Commonwealth, como se les llama) y un período, lo más largo posible, de adaptación de la propia agricultura británica a la de la C. E. E. Con la ayuda de grandes subsidios y otras medidas de protección, la agricultura inglesa ha adquirido un fuerte desarrollo; pero ahora está en serio peligro, en vista de la actitud de la C. E. E. de completa hostilidad a lo que se califican de soportes artificiales de la economía, agrícola o industrial.

El término radical e inmediato de los subsidios dejaría el mercado de consumo inglés a merced de la producción de otros países de la C. E. E. con una agricultura desarrollada y en mejores condiciones de competencia, como la de Francia, donde se encuentra la mitad de todas las tierras de cultivo del Mercado Común y las perspectivas de una salida provechosa no sólo para una buena parte de su producción actual, sino para lo que pudiese dar de sí el continuado desarrollo de las muchas y prometedoras—en esas condiciones—posibilidades de sus cultivos. Inglaterra ha mantenido, hasta ahora, la actitud de que las condiciones que se le exigen son injustas, porque, en realidad, el fin del proteccionismo que ella ha venido concediendo a su propia agricultura significaría en la práctica el haberse sacrificado en favor de otro proteccionismo, el que habría de redundar necesariamente en favor del campesino francés, puesto que la igualdad de condiciones para todos no quiere decir que sea una igualdad absoluta de condiciones para cada uno de los que, en conjunto, forman o han de formar la C. E. E.



En cualquier caso, Inglaterra desea que algunas cuestiones fundamentales, políticas no menos que económicas, queden en suspenso para ser objeto de discusión una vez que se encontrase dentro de la C. E. E. Esta posición es defendida por alguno de sus miembros actuales, en particular los tres que forman el Benelux (Bélgica, Holanda y Luxemburgo) y en ella entran en juego los factores eternos de rivalidad o, por lo menos, de recelo entre grandes y pequeños. Si Inglaterra pudiese entrar en esas condiciones, entonces se podría trabajar, desde dentro, en favor de la reforma o enmienda de algunos aspectos fundamentales del acuerdo de creación de la C. E. E. Con la perspectiva, por lo menos, de contar con algunas ayudas considerables.

Es esto, precisamente, lo que da ciertas características de encono a las negociaciones, que siguen alargándose, aun cuando es poco probable que lleguen a interrumpirse del todo antes de encontrar alguna fórmula de compromiso que dé la sensación, por lo menos, de que Inglaterra no acabará entrando en las mismas condiciones en que hubiera podido entrar desde el primer momento, aceptando sin discusión todas las cláusulas del Tratado de Roma.

\* \* \*

1962 ha sido un año sorprendente, como todos los de la era atómica, en realidad, por algo más que los progresos que ha hecho este Mercado Común que ha forzado a los Estados Unidos a la adopción de medidas de tanta importancia, para un país con una tradición proteccionista tan fuerte, como la nueva ley de aranceles aduaneros. Pero esto no quiere decir, ni con mucho, que lo sorprendente haya de ser necesariamente favorable y bienvenido. En cierto modo, la situación en que se encuentra mucha gente pudiera parecerse un poco a la del anciano campesino ruso y su esposa que en una caricatura aparecen entregados a recoger la cosecha; los dos están muy pobremente vestidos, con ropas rotas y remendadas y con una hoz cada uno en la mano tan vieja y deteriorada que sólo alambres y cuerdas impiden que el mango se caiga a pedazos.

De pronto, el marido, como si se olvidase de todo aquello, tan real e inmediato, mira a su mujer y exclama:

—¿No es maravilloso, Natacha? Dicen que tenemos a un hombre en el espacio.

Hay hombres en el espacio, el último acontecimiento sensacional de unos

avances prodigiosos, espectaculares, y hay problemas como el de Cuba o, más cerca de nosotros, el de Berlín, que amenazan ya con no dejarle sitio en el cual tomar tierra, en el caso de querer hacerlo después de dar unas vueltas por allí arriba. Para unas cosas, progresos sorprendentes; para otras, la repetición constante de los mismos o parecidos problemas y complicaciones, la presencia permanente de peligros tremendos para la paz y la estabilidad, como ese de Berlín, en pie desde la terminación misma de la segunda guerra y con tendencia, hasta ahora, a ir adquiriendo una creciente gravedad.

El problema de Berlín se va haciendo viejo. No queda más remedio. A menos, es decir, que se resuelva. También se van haciendo viejos los grandes estadistas, como Adenauer en la Alemania occidental, De Gaulle en Francia. Macmillan en Inglaterra, Jruschef en la Unión Soviética. Ya es esto, de por sí, una razón más para que los cambios que se han venido produciendo continúen en el futuro, posiblemente a un ritmo acelerado. Parece casi imposible que la situación de Berlín siga siempre adelante, proyectándose hacia un futuro de duración interminable, de la misma manera que no es posible ya imaginarse, a poco que se piense en ello, una Alemania occidental que tenga siempre como una de sus características dominantes un Gobierno de la estabilidad y permanencia futura comparable al que ha tenido hasta hace poco y desde hace una docena de años muy generosamente medida.

Está llamada a desaparecer la cuestión de Berlín, aun cuando para ello pudiera ser indispensable todavía un período de agudo empeoramiento; como está llamada a desaparecer del panorama político nacional la figura, tan extraordinaria por su vitalidad como por la obra realizada, del canciller Adenauer. Pero será más fácil y menos penosa, sin duda, la desaparición del canciller Adenauer, por grande y hondo que sea el dolor—y el vacío—que produzca, puesto que se trata de algo absolutamente inevitable y que está previsto, en realidad, desde las últimas elecciones generales, en las que su partido no alcanzó una victoria tan decisiva como en otras anteriores. De ello salieron negociaciones y acuerdos que dejaban claramente establecida la retirada de «Der Alte» antes de que se cumpliese el mandato constitucional del nuevo Bundestag, la cámara baja del Parlamento de Bonn.

Pero la desaparición de Adenauer, que se anuncia ha de producirse a lo largo del nuevo año que se acerca con mucha prisa, habrá de dejarse sentir, sin duda, en su país y en toda Europa también, porque el paso de una personalidad como ésta por las alturas impresionantes del poder no es

posible sin haber dejado calcadas huellas profundas. Que para muchos serán un motivo de afectuoso recuerdo, quizá de añoración incluso, y para otros algo que convendría borrar, muy pronto a ser posible. Como habrá de suceder, sin duda alguna, con la cuestión de Berlín, de cuyo trágico empeoramiento en los últimos años es testimonio elocuente ese «muro de la vergüenza», que si no ha hecho nada más fácil un futuro acuerdo negociado, ha dado un sentido tal de urgencia a los esfuerzos por huir de una parte de Alemania a la otra que llegaban casi a 12.000 los refugiados que pasaron al Berlín occidental en el primer año de ese testimonio tremendo de una situación que no se limita a Berlín únicamente, aunque tenga en Berlín el punto de la máxima agudización por este lado del mundo.

De hecho, el muro terrible a cuya orilla han caído ya varios alemanes asesinados por las balas de los *Vopos*, la policía llamada popular de la Alemania oriental, se extiende en una y otra dirección, hasta partir en dos a toda Alemania. Es una frontera odiosa la que se ha levantado a través del corazón mismo del país, con alambradas, fosos, anchas franjas de terreno labrado para eliminar obstáculos a la vista y dejar constancia delatora de pisadas furtivas y altas torres de vigilancia ocupadas por hombres con la ametralladora siempre lista para entrar en acción. Parecen las alambradas y las torres de un inmenso campo de concentración, de eso que se ha hecho tan «popular» y tan temido a la vez en la Europa de nuestros tiempos.

Toda la Alemania oriental es, realmente, un vasto campo de concentración en el que está confinada una población que se va reduciendo un poco de año en año. Porque eso que se llama la República Democrática alemana, la Alemania de régimen comunista con capitalidad en Pankow, un barrio del Berlín del este, ha perdido desde su creación casi la quinta parte de su población. Y sigue perdiéndola, porque con muros o sin ellos, los alemanes de la zona oriental tratan de escaparse hacia el occidente, incluso corriendo el riesgo tremendo de tropezarse cara a cara con la muerte en el camino que quieren salvar de un salto, como le sucedió, en circunstancias especialmente dramáticas, a un joven, Peter Fechter, cuando estaba a unos pocos pasos de la libertad.

¿Por qué se quieren ir los alemanes de la parte oriental a la occidental? Por varias cosas, tal vez. Acaso el estómago pueda tanto o más que la política, a juzgar por lo que un corresponsal inglés dice que le contó un fe-

roviario de la Alemania del Este, con el cual estuvo conversando un rato.

—¿Cómo estarían los ingleses—preguntó este hombre, de unos 50 años, con el que el corresponsal se encontró en una calle retirada de Leipzig—si todavía estuviesen sometidos a racionamiento y se encontrasen con que hoy tenían menos que comer que durante la guerra? Me imagino que estarían hartos ya. Para la mayoría de la gente de la calle, la política es cuestión de tener el estómago lleno; si tuviésemos mucho que comer por aquí y la posibilidad de escoger, entonces se podría ir adelante con cualquier clase de política que fuese y herr Ulbricht sería tan agasajado por el pueblo de aquí como lo fué Hitler.

El caso es que quien hablaba de este modo había sido, según este corresponsal, un viejo comunista que le había pasado muy mal en los días en que estaba el Partido Nazi en el Poder y que había hecho todo lo posible por crear primero y consolidar después la República Democrática alemana, «nuestra república», según su manera de hablar de ella. Pero en un régimen como el de la Alemania oriental, con poca mantequilla además de ser mala y muy cara, apenas ha quedado sitio, al cabo de los años, para el descontento y el malestar que llevaban a este ferroviario comunista a renegar de su suerte.

\* \* \*

Es muy tirante la situación en Berlín y seguramente seguirá siendo más tirante aún por espacio de algún tiempo, después de las elecciones de «mid-term» en los Estados Unidos—para cuando Jruschef había prometido el replanteamiento de lo que había entrado en una fase muy agudizada hacía cuatro años, con aquel «ultimátum» de seis meses de duración dado el 30 de noviembre de 1958 y después del cual vinieron cosas como los hombres en órbita, los aviones «U-2» abatidos, uno sobre la Siberia central y otro sobre China, y, en fin, la crisis de Cuba. Pudiera llegar el día en que fuese tan tirante que estallase, sencillamente, y produjese la explosión que se llegó a pensar que la crisis de Cuba había hecho inevitable.

La Unión Soviética parece decidida a dejar definitivamente a la Alemania oriental alineada con el mundo comunista y esto pudiera hacer intolerable la partición que se produjo a la terminación de la segunda guerra mundial y los cambios consiguientes. Porque lo malo no es la gravedad de una situación en sí, sino el convencimiento de que ya no le queda una solución posible. El problema de los alemanes de la parte oriental llegaría a ser, en

una forma u otra, el problema de los alemanes desplazados de las tierras del este, por donde están hoy la soberanía de Checoslovaquia, de Polonia, de la misma Unión Soviética, el problema de unas gentes que se marcharon hacia el oeste dejándolo todo atrás, casas, propiedades, tradición, todo.

Es un problema cargado de problemas más pequeños, como el problema nada pequeño, ciertamente, de las fronteras orientales de Alemania y una de cuyas consecuencias emocionantes ha sido el crear una zona de inteligencia, incluso de colaboración, entre el cardenal Wyczynski y Wladyslaw Gomulka, secretario general del Partido Comunista y, con ello, la figura dominante en el panorama político-social de la nación. La cuestión de las fronteras es de vida o muerte para Polonia y la aparente imposibilidad de recuperar por el este lo que se perdió, primero por el acuerdo de partición entre la Alemania nazi y la Rusia soviética, en 1939, y después por el acuerdo a que llegaron en Postdam los aliados contra Alemania en la segunda guerra mundial, hace que se mantenga con la actitud resuelta de la desesperación lo que en un principio se pretendió que sólo fuese una solución de carácter transitorio. Se ha llegado a tanto que de una manera u otra se ha tenido la pretensión de que el Concilio ecuménico Vaticano II adoptase una decisión sobre esto, en favor, por supuesto, de Polonia, que por algo es abrumadoramente católica. De eso trataron, por lo menos, Gomulka y el cardenal Wyczynski, en forma que pareció condicionar de alguna manera el visado que se le concedió para hacer el viaje a Roma y asistir, en consecuencia, a uno de los acontecimientos memorables en la vida e historia de la Iglesia, uno de los pocos concilios ecuménicos celebrados en veinte siglos, tan pocos que salen a razón de uno por siglo, poco más o menos. El último se celebró hace casi cien años.

\* \* \*

De adquirir características de permanencia la partición de Alemania ya no habría para qué pensar en cambios que permitiesen revisar, por lo menos, algo de lo que salió, por la parte oriental de Europa, de la segunda guerra mundial. Una de las razones más poderosas del empeño soviético en que sea reconocido el régimen comunista de la Alemania oriental está precisamente en dar satisfacción a Polonia, que presiente que cualquier otra solución permitiría el planteamiento, en una ocasión u otra, de la cuestión fronteriza, de algo que para Polonia está, sin duda, por encima del régimen.

como el cardenal Wyczynski ha dado a entender más de una vez, pero que también sirve para fortalecer mucho al régimen comunista, por el éxito con que hasta ahora ha conseguido identificar—y confundir—ambas cuestiones: su propia permanencia en el Poder y la existencia física o geográfica de Polonia como nación.

Por otra parte, es difícil que haya un solo alemán, comunista o no, que acepte sin reparos de conciencia la partición del país—no ya las fronteras del Este—con carácter permanente. Es algo que no se puede aceptar como la solución permanente de los problemas de la guerra, pero a medida que va pasando el tiempo se llega a tener la sensación de que es una realidad del mundo en que vivimos y que a medida que adquieren forma y consistencia otras cosas, como el Mercado Común, por ejemplo, la persistencia de esa partición va adquiriendo las características de lo que existe y es una realidad a la que mejor es acomodarse.

Es más, va siendo más frecuente cada día la actitud de los que prefieren pasar por alto una cuestión que si resulta inaceptable como algo permanente, también parece que se está haciendo inevitable del todo. De ahí las tremendas contradicciones aparentes que ofrece la insistencia del Gobierno de Bonn, no sólo en no reconocer el régimen de Pankow, sino en la decisión animosa de romper las relaciones diplomáticas con cualquier país de régimen no comunista que tenga la osadía de reconocer al Gobierno de la Alemania oriental. Es más, Bonn ha roto por esto mismo las relaciones que tenía con Belgrado y esta cuestión, junto con la de las fronteras del Este, es uno de los grandes obstáculos con que tropiezan los que quisieran, por razones mucho más económicas que políticas, restablecer unas relaciones lo más normales posibles con los países de la Europa oriental, con Polonia sobre todo.

Resulta extraño, incongruente casi, que la casa Krupp consiguiese establecer unas relaciones comerciales—y algo más, con el uso de patentes, entre otras cosas—con una gran empresa metalúrgica de Inglaterra y no le sea posible sacar partido a una situación como la que se da por una gran parte de la Europa oriental, por Polonia sobre todo, preciso es insistir en ello. Es más, las razones puramente económicas han impedido que la actitud de no reconocimiento del régimen de Pankow fuese una dificultad seria para el mantenimiento de un gran comercio, entre una y otra partes de Alemania, con un volumen que alcanza el valor de 2.000 millones de marcos al año.

Y no es esto todo. La Alemania oriental insiste en obtener de la Alemania occidental un gran crédito, de varios miles de millones de marcos, que de ser concedido haría más paradójica una situación dominada por la tirantez, las tensiones y el presentimiento de que pudiera ser incluso la causa de un choque de consecuencias irreparables. Cuando hace poco estuvo por las proximidades de la frontera que separa a las dos Alemanias, en viaje de inspección, el secretario de Defensa norteamericano, Robert S. McNamara, declaró que de producirse un choque por Berlín se recurriría, sin duda alguna, a las armas de todas clases, a las atómicas también, que se encuentran a punto en muchos lugares próximos a la frontera, en algunos puntos quizá a no más de un centenar de metros de distancia.

La cuestión de Berlín—donde no se deja de hablar de la posible internacionalización, bajo la supervisión de las Naciones Unidas, de la porción occidental de la ciudad nada más—y de las dos Alemanias es uno de los grandes problemas que precisamente porque da la sensación de no tener solución posible, empieza a ser tan apremiante que o se resuelve o desemboca en una crisis tan grave como la de Cuba.

Berlín acucia más porque a medida que se alarga y que la rivalidad entre el Oriente y el Occidente se acentúa, vacila la fe y la confianza de una población sometida a emociones demasiado fuertes y frecuentes. Lo peor que podría suceder es que en el Berlín occidental se llegase a tener el convencimiento de que su situación no tenía salida, porque entonces aumentaría la sensación de inseguridad y «la falta de seguridad hace que las inversiones del exterior no resulten atractivas», según el comentario de un banquero.

\* \* \*

Hasta ahora se había tenido la impresión de que una de las consecuencias de la segunda guerra mundial había sido el dejar al mundo dividido en dos partes, con algo por el medio, para que amortiguase fricciones y acuciase apetitos. Pero lo que ha venido sucediendo tiende a demostrar que son ya tres, no dos, las partes en que se divide el mundo y que la tercera no es la consecuencia de la combinación y cristalización, al fin, de un vago y amorfo concepto neutralista, sino del rápido y vigoroso desarrollo del Mercado Común, una unidad económica en estado muy avanzado de formación, con 170 millones de consumidores que prometen subir a 220 millones con la sola adhesión de Inglaterra, que a pesar de las dificultades se da como

descontada casi para el 1 de enero de 1964. Y con más todavía en el caso de recibir acogida favorable otras solicitudes de ingreso o asociación, como la de Grecia, ya aceptada en condiciones que parecen ser muy favorables, con 23 años para una gradual adaptación y una ayuda financiera de 300 millones de dólares, o las de Irlanda, los países escandinavos, Austria, Suiza, etcétera. Parece tan fuerte ya esta corriente de unidad que tiene para muchos observadores la calidad de lo realmente irresistible. Cosas que un día se contemplaban con recelo, como el viejo proyecto de construcción de un túnel por debajo de las aguas del Canal de la Mancha, para establecer una continuidad territorial entre Inglaterra y Francia, se observan ahora con impaciencia, por considerarse demasiado lentos los progresos de una tarea que parece ir de veras.

\* \* \*

Esto es algo tan extraordinario que ya promete ser el tema principal de las primeras elecciones generales que se celebren en Inglaterra, probablemente a fines de 1963. La actitud del Partido Laborista, con su jefe, Hugh Gaitskell en cabeza, de condenar al Partido Conservador y a su Gobierno por los esfuerzos que viene realizando ha hecho prácticamente inevitable una confrontación que pudiera inclinar resueltamente a Inglaterra del lado del continente europeo y dejar, con ello, irremediablemente destrozado, por mucho tiempo, tal vez para siempre, al Partido Laborista.

Con esto; con el fenómeno del acercamiento francogermano; con las consecuencias de la terminación de la guerra de Argelia que han empezado por debilitar los cimientos—nunca muy recios y consistentes—de la V República, como se ha demostrado con un referéndum en el que De Gaulle recibió un voto de confianza para la reforma constitucional que haga posible la elección popular y directa del presidente de la República, pero demasiado reducido (no llegó al 62 por 100) para ser ampliamente satisfactorio, y las elecciones legislativas que vinieron después, y, en fin, con la «apertura a siniestra» que se produjo en Italia la primavera pasada y que empieza a tropezar con dificultades muy serias en los días finales de 1962, el panorama europeo puramente político tiene un interés acaso no igualado desde los días en que con la ayuda del Plan Marshall y la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte—O. T. A. N.—cambió claramente de rumbo lo que entonces parecía ser el destino fatídico de la Europa occidental.

\* \* \*



Son muchos cien años para poner a prueba y conservar después toda la actualidad de aquella sentenciosa afirmación de Bakunin: «Sostengo que si no hubiese alemanes deberíamos inventarlos, puesto que nada hay que una con tanto éxito a los eslavos como el enraizado odio a los alemanes.»

De la segunda guerra mundial salió un vacío tremendo por toda la Europa central, por toda la Europa occidental, en realidad, pero antes de que los eslavos hiciesen algo más que disponerse a marchar, unidos o no, para cubrirlo del todo, estaba ya en sus comienzos un hecho que acaso terminase siendo mucho más importante y definitivo que la presencia en el corazón de Europa de una gran potencia unificada racial y geográficamente, centralizada administrativamente y muy desarrollada en lo militar no menos que en lo económico, capaz por sí sola de generar más allá de sus fronteras poderosas corrientes de aproximación y colaboración, no sólo de unificación de propósitos y esfuerzos, aun cuando sólo fuese con miras a evitar que las tierras vecinas cayesen bajo su influencia decisiva. Pronto se pudo llegar por Moscú al convencimiento de que no hacía ninguna falta la presencia de los alemanes para generar fuertes impulsos de unión y preparación por el mundo eslavo. Porque lo que estaba saliendo de las ciudades en ruinas, los campos devastados y las comunicaciones destruidas parecía estar animado de una decisión de propósito que no se había conocido nunca por Europa, ni siquiera en los días de mayor desarrollo de una civilización que había tocado los últimos rincones de la tierra.

Pero lo que nace para una cosa suele acabar cayendo en la aberración de querer seguir adelante, aun cuando la causa inicial ha dejado de existir o ha sufrido alteraciones radicales. Y así, lo que empezó como la manera de dar satisfacción a una necesidad apremiante e imperiosa acabó convirtiéndose insensiblemente en el instrumento de una política del poder que tenía poco o nada que ver con la causa inicial de su formación. Los años del éxito sensacional de la O.T.A.N. fueron cediendo el paso, de alguna manera, a las influencias debilitadoras de corrientes neutralistas como la que ha pugnado por formarse en los países escandinavos y, mucho más importante todavía, la tendencia representada por el general De Gaulle y que a falta de algo más justo y preciso, aunque quizá menos expresivo, pudiera calificarse de «nacionalista». Había algo de revulsión contra el juego del poder que parecía convertir a la O.T.A.N. no en un poderoso sistema defensivo, sino en el instrumento de una política que no admitía otra actitud

que el sometimiento, no importa la forma que en definitiva se diese a sus declaraciones.

No se supo en un principio cómo interpretar aquella petición del general De Gaulle para que la O.T.A.N. fuese sometida a la autoridad de un directorio en el que había algo más que el deseo de convertir a Francia de hecho más que de nombre en una gran potencia, puesto que en realidad dejaría a los Estados Unidos en una posición de igualdad, a lo sumo, entre las tres representaciones nacionales—francesa, inglesa y norteamericana—en ese directorio que se pretendía crear para encargarse de la dirección definitiva de la O.T.A.N.

Hasta entonces—y desde entonces también—la O.T.A.N. había sido una organización de quince potencias bajo la dirección única y exclusiva de los Estados Unidos. El mando supremo de sus fuerzas militares en Europa se había establecido en las afueras de París, pero el principal de sus organismos, el consejo militar, estaba afincado en Washington de una manera permanente. Y, es más, el mando militar supremo en Europa había sido confiado a generales norteamericanos—Eisenhower, Ridway, Gruenther y, finalmente, Norstad, que ha llegado a la terminación de su mandato, para ser alargado provisionalmente durante un par de meses, en vista de la gravedad de la situación, antes de la toma de posesión de su sucesor, norteamericano también, el general Lemnitzer, nombrado sólo en teoría por el Consejo permanente de la O.T.A.N., puesto que la designación era un hecho consumado desde el momento en que, al anunciarse la dimisión de Norstad, el presidente de los Estados Unidos se apresuró a designar a Lemnitzer, hasta entonces jefe del Estado Mayor del Ejército norteamericano, para el mando de las divisiones que los Estados Unidos tienen estacionadas en Europa con carácter permanente. La O.T.A.N. es una organización con muchos cuerpos y una sola cabeza. Eso lo vió claramente el mariscal Montgomery en los años en que fué segundo comandante supremo de la O.T.A.N. No sólo se convenció pronto de que allí el segundo nunca estaría en camino de llegar a ser el primero, sino que era segundo sólo en teoría. Por eso, cuando se cansó de refunfuñar en secreto, se retiró para poder protestar abiertamente.

\* \* \*

Con De Gaulle empeñado en introducir alteraciones radicales en la dirección cuando no en la estructura de la O.T.A.N., y con el desarrollo cons-

tante de unas condiciones más favorables cada día a la integración económica y la unificación política de una buena parte de la Europa occidental, la situación para la O. T. A. N.—y para los Estados Unidos—se ha ido complicando gradualmente.

Una complicación que ya no parece existir fuerza humana capaz de evitarla está en el empeño, cueste lo que cueste, de la Francia del general De Gaulle en convertirse en una potencia nuclear. Algo que es más que una posibilidad, puesto que son ya cuatro las pruebas realizadas con bombas atómicas francesas, está en marcha, a un costo tremendo, la creación de una «force de frappe» francesa, una especie de duplicación en escala reducida del Mando Aéreo Estratégico de los Estados Unidos, con sus poderosos aviones de reacción de velocidad supersónica y la construcción de un submarino atómico, que se cree estará terminada en 1969, en el caso de que se venzan algunas dificultades muy serias, como la reducción a un volumen manejable, para su colocación en una quilla que no tenga dimensiones monstruosas, del reactor destinado a su propulsión. Los Estados Unidos, de cara ante lo inevitable—que también se manifiesta con otras cosas, tales como el gran desarrollo de las actividades atómicas francesas, con fines pacíficos no menos que militares—, han tratado de llegar a un acuerdo con Francia y venderle un submarino atómico del tipo «Nautilus» (que no lleva proyectiles «Polaris»), pero las tensiones, la rivalidad y las animosidades se han desarrollado tanto que en el Congreso norteamericano continúa habiendo mucha oposición a que Francia «comparta los secretos atómicos» de los Estados Unidos. Como si hubiese ya, de hecho, secretos atómicos y como si ofreciese menos garantía la capacidad de Francia para guardarlos que la de Inglaterra, algunos de cuyos principales físicos nucleares se pasaron al enemigo con todo su bagaje científico a cuestas.

Los Estados Unidos han intentado buscar una solución al problema que no resolviese nada; es decir, que dejase las cosas, en el fondo, tal y como estaban. La solución consistía en la propuesta, hecha cuando todavía Eisenhower era presidente de los Estados Unidos—su prestigio en los medios de la O. T. A. N. ha sido siempre muy grande—, de poner cinco submarinos atómicos a disposición de esta organización. De esta manera se convertiría a la O. T. A. N. en una «potencia nuclear» y a tiempo que se soñaba con dejar satisfechas de alguna manera las aspiraciones de Francia, acaso se consiguiese neutralizar también la naciente rivalidad entre algunas potencias miembros de la O. T. A. N., algunas convertidas ya en potencias atómicas, como Inglaterra; otras, potencias atómicas en formación, como

Francia; y algunas potencias militares en estado de rápido desarrollo y con aspiraciones de ser atómicas también, como la Alemania occidental. La situación era tentadora a la vez que comprometida, especialmente en vista del desarrollo poderoso de la potencia militar de la Alemania occidental, en tierra especialmente, pero también en el aire y en el mar. (En las últimas semanas de 1962 se le concedió autorización para construir submarinos de 450 toneladas.)

No faltaba, en el fondo, más que un clima favorable para que la República Federal Alemana se viese libre de las restricciones que se le habían impuesto a la terminación de la segunda guerra mundial. En lo relativo a las armas nucleares, ya existían, en grandes cantidades, en su suelo, si bien estaban bajo el control norteamericano. Y los progresos científicos, algo en lo que Alemania gozaba de merecida reputación, habían llegado a tanto que sabios alemanes y holandeses, en colaboración, habían dado con un procedimiento que abarataba notablemente el costo de la producción de explosivos y combustibles atómicos.

Apenas se necesitaba más que un ambiente favorable para que aumentase con mucha rapidez el número de las potencias nucleares. A pesar de los grandes esfuerzos de los Estados Unidos, la Unión Soviética e Inglaterra por evitarlo. El proyecto de «concesión» de cinco submarinos atómicos a la O.T.A.N. era un gran paso en ese sentido. Sobre todo, porque, en el fondo, no había tal concesión, ya que esas unidades continuarían bajo el mando norteamericano de la flota del Atlántico que formaba, más bien en teoría que en la práctica, parte del sistema defensivo de la O.T.A.N. Como sucedía con el Mando Aéreo Estratégico norteamericano, mucha, la mayor parte de la potencia militar de los Estados Unidos, podía estar dentro o quedarse fuera de la O.T.A.N. Y convertirse en un momento dado en la causa poderosa y decisiva que pusiese en movimiento todo el aparato militar—y de otra naturaleza—de la Alianza Atlántica. Había—y hay—muchas cosas por los Estados Unidos que se escapan a la jurisdicción de la O.T.A.N., aun cuando este país es miembro de esa organización, como lo es Francia o lo es Islandia. Pero sin consultar para nada con Francia o con Islandia, los Estados Unidos podían provocar situaciones—o verse envueltos en ellas—capaces de arrastrarlas fatalmente a la guerra y de arrastrar, en consecuencia, a todos y cada uno de los miembros de la O.T.A.N., porque no en balde su razón de ser había quedado resumida en el concepto de «todos para uno».

Uno de los fines que perseguía el general De Gaulle con la idea de su directorio para la O. T. A. N. era que no se llegase a dar cuestión alguna susceptible de desembocar en un conflicto armado capaz de afectar a todos los miembros de la alianza sin que todos los miembros del directorio hubiesen tenido en ello una participación—y aprobación—activa y directa. Se había tropezado con un gran obstáculo, ciertamente. Para los Estados Unidos resultaba absolutamente inaceptable que la O. T. A. N., sometida a la autoridad exclusiva de un directorio de tres potencias, tuviese intervención alguna en cuestiones como la situación a que podía conducir la alianza entre los Estados Unidos y la China nacionalista, de producirse algún choque por el estrecho de Formosa. Para la Francia del general De Gaulle era absolutamente necesario que la O. T. A. N., regida por ese directorio, que él había propuesto, tuviese una intervención clara y directa en cualquier cuestión, donde quiera que pudiese producirse, en los mares de China o de las Antillas, que pudieran arrastrar a los Estados Unidos a la guerra y, a continuación, a los países todos de la O. T. A. N.

Es una cuestión que está sin resolver y que lleva camino de agudizarse. En este año de 1962 se han producido acontecimientos llamados posiblemente a ejercer alguna influencia sobre ella.

\* \* \*

Al mismo tiempo que en Inglaterra se dan los toques finales a uno de los mayores y más modernos establecimientos de radar del mundo, que aspira a completar el sistema de observación a que está sometida la Unión soviética, y que contaba ya con los construídos en el norte de Groenlandia y en Alaska, con lo que recibía un nuevo y grande impulso la colaboración anglonorteamericana, se anunciaba con cierta discreción que a partir de 1963 Inglaterra quedaría sin los proyectiles balísticos norteamericanos tipo «Thor». En Inglaterra se habían construído cuatro bases norteamericanas con sesenta proyectiles «Thor» en total, lo suficiente para que fuese uno de los principales puntos en el sistema defensivo norteamericano, que habían establecido una vasta red de posiciones militares destinadas a contener, y en caso necesario destruir, el poder militar de la Unión Soviética. La noticia podía haber sorprendido o no al Gobierno de los Estados Unidos, pero fué recibida con cara de asombro. El presidente Kennedy consideró necesario advertir que esa decisión, mucho más importante que la adoptada con anterioridad por Marruecos y la Arabia Saudita, para la terminación de

las bases aéreas norteamericanas en territorio de su soberanía respectiva, no debería tener consecuencias adversas para la capacidad de los Estados Unidos para hacer frente a sus compromisos para la defensa de Europa, que continuaban inalterados.

No continuaba inalterada, sin embargo, una situación que de hecho estaba cambiando desde hacía tiempo.

Cambio significaba, también, el hecho de que inesperadamente se anunciase, el verano pasado, que iban a ser estacionados en Inglaterra algunos aviones de observación a gran altitud, tipo «U-2», como el que había sido derribado por la Unión Soviética sobre la Siberia central y que sirvió de pretexto para torpedear la conferencia de la cumbre con que Eisenhower esperaba dar mucho prestigio y gran resonancia a la política de paz y colaboración que confiaba llegase a ser la característica dominante de su paso por la Presidencia de los Estados Unidos, o como el que fué derribado hace unos meses nada más sobre China y, seguramente también, como el que fué abatido, en circunstancias sobre las cuales no se ha querido hablar más que lo absolutamente indispensable, sobre suelo cubano. Aquello significaba complicaciones y dificultades para la O. T. A. N., sin duda.

Peor todavía, en cierto modo, es la situación de creciente y penosa rivalidad a que se ha llegado en el campo de las actividades relacionadas con la venta de armamentos en gran escala. Inglaterra se considera la víctima principal de las grandes operaciones que están realizando los Estados Unidos, especialmente con la Alemania Occidental, y que empezaron en serio en 1956, cuando todavía no se hablaba para nada del déficit en la balanza de pagos, que ha sido el pretexto oficial con que se ha justificado la operación realizada hace unos pocos meses por el secretario adjunto de Defensa norteamericano, Roswell Gilpatric, al proyectar hacia 1963 y 1964 la venta de armamentos hecha en 1962, por valor de 600 millones de dólares.

Inglaterra se había hecho la ilusión de armar a la naciente Fuerza Aérea alemana con un avión que aún no se había empezado a fabricar y que se decía era el más moderno y más rápido del mundo. Pero cuando todo parecía decidido intervinieron los Estados Unidos y la «Luftwaffe», en formación, recibió, en cambio, aviones norteamericanos que se decía estaban quedándose anticuados. Finalmente, la Alemania Occidental optó, en 1959, por el «F-104C» norteamericano y cerró una operación por valor de 780 millones de dólares, a pesar de que los ingleses hablaban de la

«producción organizada de chatarra», dando a entender con ello que los Estados Unidos se estaban deshaciendo de lo que ya apenas servía para su propia aviación militar.

Otro tanto sucedió con los tanques, al quedarse los alemanes con el «M-48» norteamericano en vez del «Centurión» inglés y, finalmente, con los proyectiles dirigidos, por lo que Inglaterra se encontró sin un mercado provechoso para su «Blue Water», razón por la cual se suspendió el trabajo en grandes talleres que daban ocupación a 2.000 personas y habían consumido ya en trabajos preliminares unos 100 millones de dólares.

Según el *Sunday Telegraph*, «las presiones políticas y económicas de los Estados Unidos habían arrojado de Alemania al armamento inglés, probado y comprobado».

\* \* \*

Hay fricciones y dificultades por todas partes y posiblemente vayan en aumento a medida que todo lo que se ideó, desarrolló y preparó para poder contener con eficacia la tendencia expansiva del poder soviético, que se va acercando a un punto de gran perfección, que es, según Parkinson, el punto en que ya la decadencia ha hecho grandes progresos. ¿Cómo explicar, sino, la presencia de fenómenos como la aparente necesidad de que el general Norstad continúe durante unas semanas más al frente de las Fuerzas Armadas de la O.T.A.N., quizá sin otra justificación que el creerse que está más identificado o ve con mayor simpatía el punto de vista europeo que el punto de vista norteamericano, el único que puede tener el general Lemnitzer, su sucesor, aun cuando sólo sea por no haber tenido hasta ahora contacto alguno con la O.T.A.N.? Se hace esto en el momento en que se anuncia el nombramiento de un nuevo jefe de las Fuerzas militares del Pacto de Varsovia, el general soviético Pawel I. Batow, que viene a cubrir la vacante producida por la muerte del general Alexei I. Antonov, el pasado junio, más de cinco meses antes de darse a conocer esta noticia. Parece una confesión de debilidad o, en cualquier caso, de poca seguridad al cabo de los años de funcionamiento y de mejoramiento constante de la O.T.A.N.

Mucho más grave, posiblemente, sea el cambio de rumbo en la orientación política de Italia, porque esa «apertura a la izquierda» que se hizo en los primeros meses de 1962 supone una aproximación a corrientes políticas francamente opuestas a la O.T.A.N., tal y como está constituida y

dirigida. Quince años ha tardado la democracia cristiana de Italia en dar una media vuelta para situarse en condiciones de entenderse con los socialistas de Pietro Nenni, un partido con casi un centenar de votos en el Parlamento, lo suficiente para garantizar en principio una mayoría al Gobierno que le permita continuar adelante hasta las elecciones próximas y realizar tareas como la nacionalización de la industria de la electricidad. Pero con sólo una media vuelta ha habido bastante para crear una situación de mucha incomodidad en algunas capitales, en Washington especialmente, a pesar de que se insista tanto en que la verdadera finalidad perseguida es separar definitivamente a los socialistas de los comunistas y hacer en Italia lo que ya se había hecho en otros países de la Europa occidental: colocar al Partido socialista en posición de formar parte, por lo menos, de una coalición gobernante.

En Italia, el cambio experimentado hace pensar en nuevas y mayores dificultades para la O. T. A. N. y también en un mayor acercamiento hacia la Unión Soviética, en el desarrollo más bien que el mantenimiento de una política como la que ha conducido a la firma de un contrato de compra a la Unión Soviética de 12 millones de toneladas de petróleo crudo a cambio de tubería de acero—y otras cosas—para que la Unión Soviética construya oleoductos para el transporte barato de mucho petróleo hacia la Europa central y quizá también hacia la Europa occidental, porque existe la posibilidad de que el oleoducto italiano que se está construyendo desde Génova hacia el norte, hasta Suiza, Alemania y Austria, acabe enlazando un día con el «oleoducto de la amistad» soviético. Bajo la dirección de Enrico Mattei, el fundador del E. N. I.—«Ente Nazionale Idrocarburi», un vasto monopolio estatal que se ha ramificado en muchas direcciones y que ha llegado a tener casi un centenar de empresas y unos 48.000 empleados en total—y propulsor máximo de la política de intercambio con la Unión Soviética, que ha hecho de Italia un gran cliente del petróleo soviético, se había venido creando una situación delicada, quizá a la larga crítica, para la O. T. A. N. En los momentos en que Mattei encontraba la muerte, a los 55 años de edad, en un accidente de aviación, Italia era un miembro de la O. T. A. N. que llenaba ya más del 10 por 100 de sus necesidades de petróleo con las importaciones procedentes de la Unión Soviética; y, es más, estaba haciendo todo lo posible por reducir el mercado monopolizado hasta ahora por poderosas compañías norteamericanas, inglesas y anglo-holandesas, a las que Mattei llamaba despreciativamente «*ds siete hermanas*».



La influencia de Mattei había sido decisiva para el cambio que se dió a la política italiana durante 1962, un cambio que en el interior supuso un gran paso hacia la izquierda y en lo internacional un paso decidido hacia posiciones neutralistas y, por lo tanto, antinorteamericanas. La muerte inesperada de Mattei pudiera dejarse sentir en el panorama político italiano. Desde luego, la «apertura a sinistra» se ha encontrado de pronto sin un estímulo que pudiera acabar teniendo una influencia decisiva. Lo cual apunta, una vez más, a un estado de fluidez, favorable al cambio, a lo que ha sido una de las características dominantes de la vida europea a lo largo de todo este año..

\* \* \*

Europa no sólo es una de las tres partes en que está dividido el mundo de la postguerra, sino que va camino de convertirse también en la más importante. Apenas si hay nada que empañe su horizonte, como no sea una sombra que puede ser de duda o puede estar formada de partículas intensamente radiactivas. Por un lado y por otro apenas han dejado de producirse, durante toda la segunda mitad de 1962, explosiones nucleares, algunas de ellas de tremenda potencia, lo suficiente para cargar la atmósfera peligrosamente y para envolverla también con nuevos y misteriosos anillos de una radiactividad intensa y de extremada potencia. Si Europa se pudiese ver libre del todo de este peligro y de los riesgos que necesariamente ha de llevar implícitos una situación de tanta tirantez incómoda como la que existe, desde hace tiempo, entre las otras dos partes, la Unión Soviética y los Estados Unidos, apenas podría imaginarse nada que fuese capaz de interrumpir o desviar la marcha de algo más que la sorprendente recuperación de Europa después de la segunda guerra mundial.

Las perspectivas son, dejando a un lado esos «pequeños» detalles, francamente alentadoras. Por lo que está sucediendo en la Europa occidental, casi todo favorable, y por lo que está sucediendo en las otras dos partes, casi todo desfavorable. La Unión Soviética no encuentra la manera de salir de la grave situación en que se halla metida: por la imposibilidad, hasta ahora, de sacar un rendimiento adecuado a la agricultura; por ser abrumador y siempre creciente el costo de los armamentos y los esfuerzos enormes realizados para la conquista del espacio, lo suficiente ya para forzar a una notable depresión en los niveles de vida del ciudadano medio soviético; por ir asomando a la superficie de la vida nacional factores de inquietud y preocupación—con frecuencia de grave corrupción también—, que no eran

conocidos o tenían mucha menor importancia en los días en que el régimen se consolidaba después de la victoria alcanzada en el campo de la dura lucha revolucionaria. Asoman por todas partes factores de inestabilidad en el mundo soviético, por causa de luchas y tensiones internas y externas, la consecuencia obligada de rivalidades tremendas y costosas y porque, en fin, la vida no se acomoda a una situación de «statu quo» permanente.

La guerra tapó no menos que deslumbró, con sus grandezas y con sus miserias, pero después de la guerra se produjeron muchas cosas que nunca ha sido posible ocultar o silenciar de una manera permanente. A la muerte de Stalin, hace apenas diez años, siguió un período de transición que posiblemente no haya concluido todavía, sobre todo porque el ambiente, entonces tan agitado y conturbado, no se ha sosegado aún. A Stalin siguió una «troika», con Malenkov, Molotov y Beria, pero apenas se produjo este cambio, tan importante, en la dirección de la vida política soviética, Malenkov se vió en la necesidad de ceder el puesto de primer secretario del Comité Central del Partido Comunista a Nikita Jruschev y esa fué su ruina, ya que bastó con muy poco tiempo para que saltase Malenkov, como había saltado ya, para ser fusilado o tal vez asesinado, Lavrenti Beria; y como acabó saltando también Molotov. A Malenkov le siguió el mariscal Bulganin, que ya no era más que una figura esencialmente domesticada, como había sido el caso con los primeros ministros soviéticos en los días de Stalin, en los que nadie piensa ya. Finalmente, Jruschev hizo lo que Stalin había considerado necesario en los días de la segunda guerra mundial, fusionar de nuevo los cargos y funciones de primer secretario y de primer ministro. Esto se hizo en 1958, una fecha todavía tan reciente que pudiera dar cabida a la sospecha, por lo menos, de que no ha pasado el tiempo suficiente para dejar la nueva situación bien consolidada. Después, eso había pretendido hacer Stalin en mucho más tiempo, sin conseguirlo, pues bien se vió lo que empezó a suceder cuando apenas había cerrado los ojos definitivamente, en un ambiente que de manera oficial se calificó de «desarroi». ¿Está ahora más ordenado que entonces? Quizá no.

Por el otro lado, tal vez, las cosas no tengan un aspecto tan sombrío o tan desalentador. Pero es sospechosa la continuada—y creciente—debilidad del dólar. Una potencia realmente fuerte lo es fuerte en todo, y sobre todo en la moneda. Los Estados Unidos tienen una moneda débil y con tendencia a la mayor debilidad, consecuencia del déficit, algunos años pavoroso, en la balanza de pagos que es, a su vez, consecuencia de muchas cosas, todas

importantes, como el costo enorme del vasto aparato militar y de otra naturaleza, que se considera necesario para poder responder en cualquier momento a cualquier pregunta o actitud que se adopte del otro lado, o la corriente irresistible de capitales hacia el exterior, en busca de inversiones más productivas o más atrayentes que la mayoría de las que se pueden hacer hoy en día en los mismos Estados Unidos, especialmente a causa de los impuestos, ya extraordinariamente altos. Las compañías norteamericanas de alguna importancia pagan impuestos de esta clase y la otra y finalmente han de entregar a la Hacienda el 52 por 100 de los beneficios. Mejor es hacer inversiones por el extranjero, donde todavía el peso de la tremenda responsabilidad que lleva implícito el mucho poder no resulta tan abrumador.

Todo esto y muchas cosas más, a las que no queda espacio ni siquiera para hacer una breve alusión, influyen para que el horizonte tenga un aspecto relativamente despejado, ahora que termina el año 1962, sólo para la Europa occidental. Relativamente nada más, porque ha asomado ya esa mancha, esa nubecilla de la que muchos acaso prefieren no tratar siquiera de conocer su naturaleza y menos todavía sus propiedades.

JAIME MENENDEZ.